

ron llevárselo consigo á la fuerza, juzgando que nuestros Padres le habían engañado. Acudieron al provisor del obispado de Parma pidiéndole auxilio; hablaron acaloradamente al cardenal, y hubo no pocas demandas y respuestas sobre este negocio. Decidiólo, por fin, un solemne juramento que prestó Doménech en Parma, delante de los necesarios testigos, declarando que los PP. Fabro y Laínez no le habían detenido por engaño, sino que él, de su propia voluntad, había suplicado le admitiesen en la Compañía (1). Allí mismo, en Parma, empezó á trabajar en los ministerios apostólicos al lado de Fabro y Laínez, y, como veremos más adelante, fué con el tiempo uno de los hombres más notables que tuvo la Compañía en sus principios.

7. Más renombre que los anteriores había de dejar en nuestros fastos un españolito que entonces bullía entre los pajes del cardenal Alejandro Farnesio. Pedro de Ribadeneira, nacido en Toledo el 1.º de Noviembre de 1526 (2), había sido llevado á Italia, en calidad de paje, por aquel purpurado, cuando volvía de cierta legación en Madrid. Llegado á Roma Ribadeneira en la primavera de 1539, perseveró catorce meses en el servicio del cardenal, distinguiéndose por el garbo y despejo con que desempeñaba su oficio, y también de vez en cuando por las travesuras infantiles de su carácter, que en algunas ocasiones produjeron animadas pendencias (3). La piadosa madre de Ribadeneira, Catalina de Villalobos, escribió al Dr. Ortiz, á quien conocía, rogándole que tuviese cuidado de corregir y amonestar al

(1) Véase la carta del B. Fabro en que se refiere todo esto (*Cartas y otros escritos del B. Pedro Fabro*, t. 1, p. 4), y el testimonio del juramento, publicado en el mismo tomo, p. 399.

(2) El P. Prat (*Histoire du P. Ribadeneira*, p. 2), siguiendo al P. La Palma (*Vida manuscrita del P. Ribadeneira*, c. 1), dice que nuestro héroe nació en 1527; pero el dicho del mismo Ribadeneira nos convence de que era un año más viejo. Á principios de sus *Confesiones* dice estas palabras: «Vine de noche á vuestra casa, siendo de edad de catorce años no cumplidos»; y poco después repite que era muchacho de catorce años cuando entró en la Compañía, por Setiembre de 1540. Si, pues, hubiera nacido en Noviembre de 1527, no hubiera dicho que tenía catorce años, sino trece no cumplidos. Poco después, en las mismas *Confesiones*, refiriendo una enfermedad que padeció en Florencia por Setiembre de 1549, dice: «Yo era mozo como de veintitrés años.» Parece, pues, indudable que el P. Ribadeneira nació en 1526.

(3) Dos de estas pendencias las refiere él mismo al principio del libro manuscrito de las *Confesiones*. De ellas y de las biografías que escribieron sus contemporáneos el P. La Palma y el H. Cristóbal López, sacamos los datos sobre la vocación de Ribadeneira.

niño. Hízolo así el buen doctor, y entre otros consejos que dió al pajecito, le exhortó á tratar con el P. Ignacio, cuya casa le señaló.

No se fijó el muchacho por entonces en este consejo; pero la necesidad le obligó pronto á cumplirlo. Salió un día el cardenal Farnesio á pasearse por el campo, y nuestro paje, deseando pasearse con más libertad, escabullóse del acompañamiento cardenalicio, y anduvo todo el día curioseando por las calles de Roma. Llegó la noche, y aquí empezaron sus apuros. ¿Cómo presentarse delante del cardenal, después de haber faltado un día entero á su servicio? Andando con esta congoja, acordóse de aquel P. Ignacio cuyo trato le había recomendado el Dr. Ortiz. No le pareció muy buena ocasión para trabar relaciones con un hombre desconocido; pero al fin, apretado de la necesidad, llegóse á la casa del santo, y, habiéndose santiguado, llamó á la puerta. Abrióse ésta, y encontróse Ribadeneira con San Ignacio mismo, que le recibió con grave benignidad. El jovencito, con sinceridad infantil, contó sus tribulaciones al santo, y le pidió favor y protección. Oyóle Ignacio benignamente, y por de pronto le ofreció albergue en casa para aquella noche. Aunque no lo dice claramente Ribadeneira, ni sus dos primeros biógrafos, parece muy natural lo que afirma el P. Prat (1), que San Ignacio negoció del cardenal Farnesio, que perdonase la falta de Ribadeneira y permitiese á éste continuar en el oficio que ejercitaba.

Con esta licencia salió el delincuente de la casa de Ignacio para la del cardenal; pero llevaba el corazón herido con una impresión

(1) *Histoire du P. Ribadeneira*, p. 12. La Palma y Cristóbal López parecen indicar que Ribadeneira se quedó en compañía de San Ignacio la primera vez que entró en su casa; pero el mismo Ribadeneira da á entender, aunque no en términos claros, que acudió dos veces á San Ignacio: primero para pedirle favor en su apuro, y después para entrar en la Compañía, y esto contra el parecer de hombres prudentes. He aquí el texto de sus confesiones: «El mismo día [oh Dios mío] que yo entré en vuestra casa, que apenas sabía que había tal casa, ni tal Compañía en el mundo, ni me había pasado por el pensamiento querer hacer lo que hice; mas habiendo venido á ella con cierta ocasión, y hablando pocas palabras con el santo Padre Ignacio, y dándome vos disgusto del palacio, y temor de que no me castigasen los que me gobernaban, por haber estado todo aquel día fuera sin licencia, contra el parecer de los doctos y prudentes que me querían bien, santiguándome y haciendo la señal de la cruz sobre mí, guiándome vuestra Santísima Madre y el ángel de mi guarda, sin pensarlo ni deliberarlo más, me vine de noche á vuestra casa, siendo de edad de catorce años no cumplidos, y para que se viese que vos me guiábades y que ésta era obra vuestra, fui recibido de nuestro santo Padre Ignacio y de todos los demás Padres con tanto regocijo como si yo fuera persona y pudiera servir en algo á la Compañía.»

agradable. Aquella dulce acogida del santo patriarca, aquel interés que se tomó por él, la conversación suave y edificante de nuestros primeros Padres que le hablaron aquel día, todo le robaba el corazón. Desde luego brotó en el niño el deseo de vivir con unos hombres tan buenos. Consultó el caso con algunas personas graves de la casa del cardenal; pero éstas, ó le disuadieron de aquel propósito juzgándolo veleidad de muchacho, ó le aconsejaron diferir su ejecución para más adelante. No se aquietó Ribadeneira con estos pareceres, y en un arranque de su genio pronto y decidido, fué derecho á San Ignacio, expúsole sus deseos, y le pidió ser admitido en la Compañía. Á primera vista no parecía prudente recibir en una Orden que se estaba fundando y necesitaba hombres formados y doctos, á un pajeillo revoltoso de catorce años. No obstante, fuese revelación del cielo, fuese intuición de su prudencia privilegiada, San Ignacio adivinó lo que podía dar de sí aquel niño, y sin vacilar le recibió entre los suyos. El suceso mostró cuán atinada fué la previsión del santo. Verificóse la entrada de Ribadeneira en la Compañía el 18 de Setiembre de 1540, es decir, nueve días antes de la confirmación de la Orden por Paulo III (1).

8. Todas estas vocaciones se lograron antes de ser aprobada solemnemente la Compañía, y todas, excepto las de Doménech y Ribadeneira, fueron las primeras, después de los diez primeros Padres. El primer jesuíta no español que sucedió á los diez fundadores, fué el P. Pedro Codacio, italiano, que entró en 1539. Confirmada la Compañía, no cesó en los años siguientes de correr la vena de vocaciones españolas fuera de España. Á principios de Enero de 1541 empezaba los Ejercicios en París, bajo la dirección del P. Jerónimo Doménech, el joven valenciano Diego Mirón, que había terminado en aquella universidad el curso de las artes. Con tal fervor hizo los Ejercicios y se entregó al servicio de Dios, que su director escribía de él á San Ignacio estas palabras: «Pienso que ha de poner fuego en la tierra, si sale como esperamos» (2). Apenas terminó los Ejercicios, escribió á San Ignacio poniéndose á sus órdenes (3), y tres meses después, por Abril de aquel mismo año, daba los Ejercicios á un religioso apóstata, convirtiéndole de veras y haciéndole volver á la Orden religiosa que había abandonado (4). Este P. Diego Mirón fué ya al año siguiente el primer Rector del colegio de Coimbra, aunque

(1) *Confesiones, ibid.*—(2) *Epistolae mixtae*, t. 1, p. 56.—(3) *Ibid.*, p. 57.—(4) *Ibid.*, p. 60.

todavía no estaba ordenado de sacerdote, y años adelante había de desempeñar, como veremos, el cargo de Provincial y, por fin, de Asistente de Portugal.

Casi al mismo tiempo recibía la Compañía en Roma á dos sujetos llevados de España por el P. Araoz, que eran Millán de Loyola, sobrino de San Ignacio, y Martín de Santa Cruz (1). En el mismo año 1541, el 19 de Junio (2), admitieron en Roma al P. Andrés de Oviedo, natural de Illescas, hombre de singular candor é inocencia, que con el tiempo había de ser patriarca de Etiopía y ejercitar en aquella insigne dignidad la más espantosa pobreza de que hay memoria en nuestros anales (3). Por entonces también fué recibido en Roma el P. Francisco de Villanueva, extremeño, de quien luego habremos de hacer larga y grata mención.

En este mismo año de 1541 acercóse á San Ignacio en Roma un doctor aragonés, llamado Miguel de Torres, nacido en Alagón, á quien la universidad de Alcalá había enviado á la Ciudad Eterna para defender ciertos pleitos contra el arzobispo de Toledo D. Juan de Tavera. Estaba el doctor prevenido contra nuestro santo Padre, por los malos rumores que contra él había oído en Alcalá. Hubo de manifestar el ruin concepto que tenía de San Ignacio, en una conversación con el embajador español Juan de Vega. Como este señor era devotísimo de Ignacio, rogó ahincadamente al doctor que hablase con aquel hombre, de quien estaba tan mal informado. Resistióse algún tanto el bueno de Torres; pero al fin, por respeto al embaja-

(1) *Cartas de San Ignacio*, t. 1, p. 116.

(2) Así lo testifica el mismo Oviedo en una carta fechada en Gandía el 22 de Abril de 1549. El original lo posee el Sr. D. Luis Jiménez de la Llave en Talavera. Yo he visto un facsímile. Dice así: «Yo, Andrés de Oviedo, natural de la villa de Illescas, de la diócesis de Toledo, entré en la Compañía de Jesús, en Roma, en el año 1541, á 19 del mes de Junio. Pienso que entonces sería de 24 años.....»

(3) En el t. 1 de *Vocationes nostrorum*, f. 49, se habla de la vocación del P. Oviedo, que se atribuye á los apóstoles San Pedro y San Pablo, los cuales, apareciéndose al Padre, le ordenaron acudir á San Ignacio. He aquí cómo refiere el hecho el P. Clemente Fantozzi: «Mi ricordo che stando distanza nel Collegio di Napoli l'anno 1588 hauere udito dal Padre Gioan Cola Petrella, huomo verdadero et religioso di quel essemplio et uirtù che tutti sanno, che egli *uiuæ vocis oraculo* senti dire al padre Andrea di Oviedo, di felice memoria, primo rettore di quell Collegio che poi mori cattiuo, e Patriarcha di (Ethiopia) hauere egli hauuta tal reuelatione. Gli apparuero donque in uisione li Santi Pietro et Paulo Apostoli, et gli dissero che se n'andasse al Padre N. Ignatio, di santa memoria, denunciandoli il nome loro che Christo N. Sig.re, s'era compiaciuto seruirse de la persona di lui per ben uniuersale, et utilità de la santa chiesa, e ciò detto, disparuero e si dileguarono.»

dor, consintió en tener una entrevista con nuestro santo Padre, pero de noche y donde nadie le viese, por temor de que le infamase el tratar con un hombre acusado de herejía (1). Hízose así. Acudió Torres de noche, como otro Nicodemus, á verse con Ignacio, y ¡cosa singular! á los pocos momentos de conversar con el santo, se sintió tan trocado el doctor, que, depuestas todas sus prevenciones, se ofreció desde luego á hacer los Ejercicios. Dióselos Ignacio, y cuando llegaron á la elección de estado, no quiso el doctor hacerla por sí, sino que prometió ejecutar la que hiciera por él su director. Tan ilimitada confianza le había infundido aquel hombre, á quien antes no quería ni hablar. Pensó Ignacio uno ó dos días sobre el negocio, y cuando le pareció ver claro, dijo al doctor que su parecer sería, que entrase en la Compañía. Iba luego á exponer las razones en que se fundaba el consejo, pero atájole el doctor, diciéndole que estaban de sobra aquellas razones, pues él se fiaba plenamente de la prudencia de su maestro. No pudo poner por obra su santo deseo tan pronto como quisiera, pues hubo de continuar la gestión de los negocios que le había encomendado la universidad de Alcalá. Cuatro años duraron todavía estos negocios; pero ya desde aquellos Ejercicios se trató al Dr. Torres como jesuíta, imitando en cuanto podía nuestro modo de vivir. Éste es aquel Dr. Torres, primer Rector de Salamanca, primer Provincial de Andalucía, Provincial después de Portugal, de quien solía decir San Ignacio: «El que tocara al Dr. Torres me toca á mí en las niñas de los ojos» (2).

9. Pero dejando otras vocaciones que pudiéramos citar, referiremos ahora las de dos hombres de primer orden, que entraron en Roma y fueron columnas de la Compañía en los tres primeros generalatos. Aludimos á los PP. Juan de Polanco y Jerónimo Nadal. Era el primero de Burgos, donde debió nacer por los años 1515 ó 16. Muy joven pasó á estudiar filosofía á París. De allí se dirigió á Roma, donde había obtenido el oficio de *Scriptor Apostolicus*. Tenía amistad con otro español, burgalés como él, llamado Francisco Torres, el cual conoció al P. Laínez el año 1541. Indújole éste á entrar en Ejer-

(1) El P. Ribadeneira dice que Torres consintió en tener la entrevista con San Ignacio, por consejo de personas graves y doctas. *Hist. de la Asistencia de España*, l. II, c. VII. El P. Cristóbal de Castro (*Hist. del Colegio de Alcalá*, l. II, c. VI) es quien nombra al embajador, atribuyéndole la parte principal en la decisión de Torres.

(2) Ribadeneira, *Hist. de la Asistencia*, l. I, c. VII.—Orlandini, *Hist. S. J.*, c. VI, número 73.

cicios, y en ellos se decidió Torres á abrazar nuestro Instituto. Hubiéralo puesto muy pronto por obra, si no se lo impidiera la muerte, que le atajó los pasos en lo más florido de su edad. El ejemplo de su amigo movió á Polanco á entrar también en Ejercicios, y con ellos le trajo Dios á la Compañía el mismo año 1541.

Hasta aquí no tuvo circunstancia particular esta vocación; pero en los años adelante se ilustró con ejemplos de admirable constancia. Los padres y parientes de Polanco, que eran gente poderosa, dieron grandes quejas contra la Compañía, y procuraron recobrar á su hijo. Viendo esta alteración, mandó San Ignacio al P. Araoz (1), el año 1542, que pasase por Burgos y procurase aplacar el enojo de una familia, por otra parte, tan cristiana y respetable. No sabemos si Araoz pudo cumplir este encargo. Lo que sí consta es que cuatro años después, aún duraban las diligencias para separar de la Compañía á nuestro P. Polanco. Había terminado éste sus estudios en Padua, y empezaba á ejercitar la predicación en Toscana, cuando de repente se encontró con un hermano suyo, que había ido allá para persuadirle que se viniese á Burgos.

Resistió el joven á esta importuna batería, y avisó á San Ignacio del peligro en que se hallaba. Nuestro santo Padre le contestó que, ó se fuese á Trento, donde estaban entonces Laínez y Salmerón, ó se dirigiese á Roma. Hubo de entender el hermano de Polanco lo que se fraguaba, y como tenía mucho favor con el duque de Toscana, hizo que se prendiese á su hermano y se le arrestase en una casa particular. Halló industria el prisionero para forzar la puerta de su aposento, y descolgándose con una soga por una ventana, huyó á Pistoya y se refugió como en seguro en casa del Sr. Obispo. Desde allí se escribió de nuevo á San Ignacio los términos en que andaba el negocio.

Al mismo tiempo, solicitados por la familia Polanco, fueron en Roma á verse con nuestro santo Padre el General de los franciscanos, P. Lunel, y un Dr. Sandoval, y le rogaron que diese licencia al P. Polanco para ir á Burgos. Respondió el santo, que primero viniese á Roma el prisionero y fuese dado por libre, y entonces él dejaría al arbitrio de dos personas prudentes, una de las cuales fuese el mismo P. Lunel, la concesión de la tal licencia. Algo se satisficieron con la respuesta, y escribieron á Florencia acerca de este negocio. Pero al mismo tiempo, San Ignacio, con mucho secreto, hizo

(1) *Cartas de San Ignacio*, t. I, p. 114.

que el embajador español, Juan de Vega, escribiese al duque de Toscana y á D. Pedro de Toledo, capitán de los españoles que estaban en Florencia, rogándoles que pusiesen en libertad al P. Polanco. Produjeron estas cartas el efecto deseado, y nuestro joven misionero, amparado por el duque, desembarazóse de su hermano y voló á Roma á los brazos de San Ignacio (1).

10. Más percances tuvo la vocación del P. Jerónimo Nadal. Nacido en Mallorca el 11 de Agosto de 1507 (2), hallábase en Alcalá estudiando filosofía, cuando conoció por primera vez á San Ignacio. En París, donde cursó la teología, volvió á encontrarse con él y le trató con bastante familiaridad. Como Nadal descollaba entre los estudiantes, por su ingenio y habilidad, puso en él los ojos nuestro santo Padre, cuando andaba juntando gente para fundar la Compañía. No le acometió por sí mismo á la primera. Envióle á Laínez, quien tuvo con Nadal una larga conferencia de materias espirituales; pero el último no se dió por entendido. Vino después Fabro, y tampoco dió lumbre la entrevista (3). El confesor de Ignacio, Diego Miona, sacerdote ejemplar, que después entró en la Compañía, exhortó por su parte á Nadal á seguir los pasos de nuestro santo Padre; pero el joven mallorquín le tapó la boca con esta reflexión: «¿Queréis hacerme ñiñiguista? Pues ¿por qué no lo sois vos?» (4).

Viendo Ignacio que le salían mal las trazas por medio de otros, determinó embestir la plaza por sí mismo. Citó á Nadal para una pequeña iglesia, y allí le dijo que deseaba leerle una carta que dirigía á cierto pariente, para persuadirle á que siguiese la perfección evangélica, y que deseaba oír su parecer sobre el modo de redactar aquella carta. Tras esto, reelínanse ambos sobre la pila bautismal, y empieza Ignacio á leer y Nadal á escuchar. Entendió el agudo mallorquín á quién iba dirigida la tal carta, y saliéndose de la iglesia, paróse en medio del atrio, volvióse á San Ignacio, y enseñándole un

(1) Estas luchas de Polanco son referidas por el P. Cámara en su *Memorial*, día 29 de Enero de 1555. Allí se copia textualmente una carta de Bartolomé Ferrón, secretario de San Ignacio, para el Dr. Torres, escrita á raíz de los hechos, en la cual se refiere todo lo dicho.

(2) *Opuscula piae cogitationes*, etc., pág. 254. No he podido averiguar el sitio del nacimiento, aunque, según todas las probabilidades, debió ser la misma capital Palma, que entonces se llamaba Mallorca, como toda la isla.

(3) *Chronicon vocationis suae*. De este opusculo, todo autógrafa del P. Nadal, tomamos toda la presente narración. Está ya impreso en *Epistolae P. Nadal*, t. 1, p. 1.ª y siguientes, *apud Monumenta hist. S. J.*

(4) «Cum tu ñiñiguista non sis, cur me vis facere ñiñiguistam?» (*Ibid.*)

Nuevo Testamento, le dijo estas palabras: «Mirad, yo quiero seguir este libro; de vosotros no sé lo que será. No me tratéis más, ni penséis jamás en mí.» Con esto le volvió las espaldas y se fué á su casa, revolviendo esta idea: «No quiero nada con estos hombres, que probablemente irán á parar á la Inquisición» (1).

Con este lance se cortaron por entonces las relaciones entre Ignacio y Nadal. Continuó éste sus estudios, y queriendo volver á su país, detúvose en Aviñón algunos meses, en los cuales se ordenó de sacerdote, y se graduó de doctor en teología. En 1538 estaba en Mallorca. Siete años vivió en su patria, sin tener ni un día, ni una hora de paz y tranquilidad. Andaba mal de salud. «Siempre me dolía, dice, la cabeza, siempre el estómago, siempre estaba melancólico, siempre entre médicos y medicinas» (2). Empezó á ejercitar el ministerio de la predicación, y no le salían bien los sermones; intentó explicar al pueblo la Epístola *ad Romanos*, según se usaba entonces, sobre todo en Italia. La novedad del hecho le atrajo muchos oyentes, pero luego fueron disminuyendo en tales términos, que hubo de suspender la explicación. Á estas pesadumbres se añadió tal cual disgusto en el seno de su familia, y todo parecía conjurarse para sumergir al pobre Nadal en un abismo de tristeza y abatimiento. Algún tanto se mitigaron sus melancolías con el ejercicio de la oración, á la cual empezó á dedicarse por consejo de un buen ermitaño. Entre las mil ideas que agitó en su mente en aquel tiempo, se le ocurrió juntar compañeros y trabajar con ellos en procurar la salud de las almas. En otros términos, se le ocurrió hacerse jesuita, después de reñir con el fundador de la Compañía.

En este estado se hallaba Nadal, cuando el año 1545 sucedió lo siguiente. Llegó á sus manos una carta de San Francisco Javier, de aquellas que, reproducidas en muchas copias, solían correr por toda Europa con grandísimo consuelo y edificación de los católicos. En esta carta refería el santo el inmenso fruto espiritual que se hacía en las Indias, y se congratulaba por las felices noticias que le llegaban de estar la Compañía, no sólo confirmada, sino muy favorecida por

(1) «Ego hunc librum volo sequi (habebam Novum Testamentum in manu). Vos nescio quo evadetis. Nihil amplius mecum de his rebus egeris, nec de me cures. Sensus animi mei hic fuit: nolo me his adjungere; quis scit an tandem ñ incident aliquando in Inquisitores.» (*Ibid.*)

(2) «Semper dolebat mihi caput, semper stomachus, semper eram melancholicus..., semper inter medicos, in medicinis.» (*Ibid.*)